



ARTÍCULO ESPECIAL

SPECIAL ARTICLES

VIEJAS PESTILENCIAS, NUEVAS EPIDEMIAS

OLD PESTILENCES, NEW EPIDEMICS

Jesús J. de la Gándara Martín

Jefe de Servicio de Psiquiatría,
Complejo Asistencial Universitario de Burgos.
Universidad de Burgos

"Me enfrentaba a dos cuestiones importantes: una de ellas era el manejo de mi tienda y mi negocio, que era de consideración y en el que estaba embarcado todo lo que yo poseía en el mundo; la otra era la preservación de mi vida en la calamidad tan funesta que, según veía, iba a caer sobre toda la ciudad y que, sin embargo, por grande que fuese, siempre sería mucho menor de lo que imaginaban mis temores y los de las demás gentes."

Diario del año de la peste, Daniel Defoe, 1722.



ISSN 2565-0564

Psicosom. psiquiatr. 2020;13:68-70.



LAS VIEJAS PESTILENCIAS.

Las pestilencias acompañan a la humanidad desde que sabemos escribir. Antes también, pero no nos consta. Papiros egipcios y estelas babilonias aparte, los textos fundacionales de la cultura humana hablan de ellas. Varios libros de la Biblia, ejemplarmente el Apocalipsis; la *Ilíada* de Homero en su Canto I; en diversos lugares de los Tratados hipocráticos, como el libro de las Epidemias, etc.

Pero en estos días de encierro he tenido tiempo para releer dos libros señeros, *La peste*, de Albert Camús (1947), que relata los acontecimientos de la peste de Orán (Argelia) de un siglo antes (1849), y el *Diario del año de la peste*, de Daniel Defoe (1722), que relata la plaga de peste sufrida en Londres un siglo antes (1665). Ambos son impactantes. Quizá demasiado para estos días. Pero, quizá por eso, no pude dejar de leer y sorprenderme.

Igualito que ahora. Pelo por pelo. Señal por señal. Da miedo. No por ellos, sino por nosotros.

Por eso, como colofón de esta breve reflexión querría que el mensaje que le llegase fuera así de simple: *Estamos haciendo lo mismo que hace siglos. Aplicando mucha paciencia, y poca ciencia.*

Estamos haciendo lo mismo, pero no somos los mismos, que diría Ortega. Es más, estamos sintiendo lo mismo, sufriendo lo mismo, adoptando las mismas medidas, las mismas prevenciones, miedos, recelos, quejas, huidas, aprensiones, distancias, reclusiones... y, sobre todo, enmascaramientos. Enmascaramientos faciales y sociales, políticos y científicos. Y no estoy hablando de conspiranoias, eso ni sé lo que es. Estoy hablando de experiencias. De lo que veo y sé, por mi manía de observador, y mi profesión de médico en la brecha.

Estamos cometiendo los mismos errores y percatándonos lentamente de ellos. Estamos corrigiendo sobre la marcha, incluso los sabios oficiales no tienen más remedio que admitirlos y corregir. Y los gobiernos y los organismos también. Ni la sacrosanta OMS se ha librado de cometer errores, de tener que admitirlos y emitir correcciones.

Quizá la única diferencia con las pestilencias de la antigüedad es que ahora identificamos bien al agente microbiano causante, pero, aunque podamos diagnosticarlo *-lo de poder en España sigue siendo un deseo más que una realidad-* tampoco sabemos cómo tratarlo, ni cómo vacunarnos contra él. Y sin diagnóstico ni tratamiento, no hay medicina, hay moralina.

Pero quizá lo peor es que, al igual que sigue viva la bacteria de la peste - *que lo único bonito que tiene es el nombre, Yersinia* -, el actual coronavirus (SARV-CoV-2) también seguirá vivo por muchos años, y este no tiene bonito ni el nombre.

Acabaremos sabiendo de él muchas cosas, como de la peste. De cuando en cuando volveremos a tener noticias tuyas, aprenderemos a convivir con él como lo hacemos con otros tantos microbios tan dañinos o más que él. Y cuando se declare una nueva plaga y nos concierna, volveremos a esgrimir nuestras miserias cotidianas, nuestras conductas cegas, nuestra indolencia temerosa o nuestra temeridad inconsciente. Y aprenderemos poco, por mucho que, a tenor del método didáctico aristotélico por excelencia, que es la repetición, volvamos a tener que repetir escenas similares.

Que no aprendamos de las repeticiones es grave. No sé si eso se debe a pecado de orgullo o de desvalimiento, de soberbia o de humildad, pero eso es lo que ha sucedido. Medio mundo en cuarentena, como en las pestilencias o gripes antiguas. No una ciudad como Orán o Londres, ni un campamento como el de Troya, sino un planeta entero. Sin criterios científicos, sin criba, que es lo que significa esa palabra. Solo con criterios políticos, sociales, etc. Más basados en el miedo, que en el rigor científico.

Aunque quizá quepa una explicación y una disculpa. Es que los míseros humanos tendemos a sentirnos desvalidos. Miramos al cielo y nos perdemos en su inmensidad. Miramos al agua y nos hundimos en su abismo. Miramos al suelo y nos aterramos con su potencia. Miramos al reloj y nos diluimos en su avance interminable. Miremos donde miremos siempre detectamos signos y señales que confirman nuestra menudencia. Así actuamos ante las plagas apocalípticas.

Mas, que eso pasase hace siglos vale, pero que suceda en pleno siglo XXI, en el que la ciencia y la comunicación se enseñorean por el mundo con orgullo de *homo-deus*, es terrible. Y no es que no haya científicos buenos. Los hay. Son muchos y admirables. Nunca mejores. Ellos acabarán resolviendo lo que no resuelvan las cuarentenas, los encierros, los terrores enmascarados. La ciencia es la única que nos puede salvar. Y después, en vez de hablar de pestilencias hablaremos de epidemias.

LAS NUEVAS EPIDEMIAS

Al hablar de epidemias parece que el idioma se moderniza. La epidemiología es una ciencia casi exacta. De larga



historia y sólidos fundamentos científicos, puede decirse que abrió la puerta de la medicina a las matemáticas. Es señero el descubrimiento del médico victoriano Sir John Snow de la fuente del cólera de Londres, causante de la epidemia de 1854. Sus datos, mil veces contrastados con los métodos estadísticos más sofisticados, sentaron las bases de la epidemiología científica.

En los dos últimos siglos, e incluso en las dos últimas décadas, ha habido epidemias locales y globales que nos han confrontado con los límites de la ciencia, y que han amenazado a los fundamentos de las sociedades humanas. Pero los seres humanos, o la mayoría, hemos aplicado a ello la curiosidad y el cotilleo, el cuestionamiento y la perspicacia, la observación y la experimentación, fundamentos de la ciencia y del saber.

Y es que la inteligencia humana es una cotilla impenitente, que mira para afuera y mira para adentro. Buscando preguntas y respuestas. Así nos convertimos en filósofos cotillas y en sabios inquietos. Somos descifradores de signos y señales que atesoramos en códigos y consignas, en leyes y lenguajes, en técnicas y artes, las que usamos para refugiar nuestro desamparo, para descansar bajo techo y viajar sentados.

Pero ahora mismo, en esta enorme encrucijada planetaria, hemos mirado para dentro de nosotros mismo con desorientación e incertidumbre y nos despistamos, y miramos para afuera con temeridad, con incertidumbre, y giramos en la jaula como tigres encerrados. Miramos cosas, caras, paredes, con afecto y temor. también miramos las pantallas para divertirnos y nos asustamos. Miramos por las ventanas para volar y nos frustramos. Miramos lejos, pero solo vemos cerca. Sobre todo, algunos, que, en vez de mirar con ciencia, nos recomiendan mirar con paciencia.

La paciencia es la virtud del paciente, del enfermo, muy recomendable, pero no tiene nada de científica. Allá cada uno con la suya, que la mía para ti no te vale. Pero la ciencia viene del latín *scientia* (conocimiento), que reúne las cualidades del verbo latino *scire*, saber, con el griego *skhizein*, cortar, rajarse, escindir. Separar el grano de la paja, cribar con criterios, con ciencia. Pero sin olvidar que del latín *scire* también deriva necio, nescius, ignorante.

COLOFÓN

Que no se diga que el que escribe es un listillo que da lecciones a todo el mundo. En absoluto. Para menudo, temeroso y errado, un servidor. Campeón del mundo de metepatas. Pero lo que sí me ha dado mi curioso impenitente, y mi estudio persistente, ha sido la capacidad de unir ambas cualidades, la humildad temerosa de nuestra pequeñez, con la curiosidad y perspicacia de nuestra urdimbre científica. Si lográsemos hacerlo saldríamos de estos trances no solo con éxito, sino con aprendizaje, con más ciencia y más conciencia.

Pero ahora, en esta encrucijada llena de cruces críticos, en los que o aciertas o falleces, nuestra orgullosa sapiencia y nuestro impenitente cotilleo lo llevan mal, por eso tendemos a aferrarnos a la evocación y la ilusión, a la telepatía y la creatividad, como si fuéramos seres memorables y eternos, aunque nos consta que cualquier repentino devenir nos puede dejar sin nada en un santiamén.

Raro me parece que no estemos mirando a los arcanos insondables con reverencia, que no procesionemos nuestro desamparo buscando la protección sagrada o numinosa. Curioso resulta que no arrasen los ikerismos histéricos o las supercherías sacramantecas. Caldo de cultivo sobra. En el crecerían como malas hierbas nuestros desamparos y miserias.

Más no conviene apostar a esa ruleta. No conviene dejar nuestros calendarios mucho tiempo al albur de las adversidades y la paciencia. Hay que acotar y controlar, hay que discernir y cribar, o acabaremos todos enfermos o todos neuróticos. Esas cosas no se resuelven con paciencia, se resuelven con ciencia. No con anuncios y medidas contra las pestilencias, sino con métodos y decisiones contra las epidemias.

MENOS PACIENCIA Y MÁS CIENCIA